

Yuli Cruz Lezcano

Vuelos de cantos.

Mi horizonte emotivo
enriquecido del sueño colectivo
se abre con sus soles de grana
y en el fuego de la mañana
inventa una ruta nueva,
deja la fresca flor de sus huellas,
orienta el pájaro que lleva
al pastor de las estrellas
una bandera sin dueños
para alimentar nuevos sueños.

Lluvia de fuego.

Esta tormenta no es de agua,
es una lluvia de fuego,
destruye la nueva hora
del huerto del pueblo que amé,
del canto de los pájaros
que son pueblo.
La lluvia de fuego
por el hombre provocado,
destruye el tiempo de empezar
de los nidos,
borra las fábulas
en las que hablan los animales.
Es una lluvia de fuego
por los vientos alimentado.
El fuego pinta garabatos
de humo proyectado
sobre las casas
de todas las criaturas del bosque.
Esta lluvia de alfabetos de llamas
escribe en el pecho de la naturaleza
que llora con tristeza
lágrimas que arden,
mirando el paisaje lunar del desierto
donde la vida que se borra
se confunde con el fuego.

Mi poesía.

Mi poesía es para algunos
un universo emotivo
en el deseo colectivo
de sentidos montunos.
Filos de tristeza en unos
en otros, templos de acero,
un paraíso jazminero
para un joyero de rosas
que para tallar las cosas
lleva en el corazón un lucero.

Vacío.

Ahora que estoy aquí
en la calle de la anónima calle
debería escuchar más los pájaros
de atrevidos cantos,
escuchar la verdad del día y de la noche,
la canción que no se detiene
el encuentro del tiempo
en el tiempo de viejos pasos...
Pero no, no escucho,
miro el día que se apaga
como una vela,
el paisaje que habla un idioma
del que apenas queda en mi boca
ruinas de murmullos,
confundo una hora con otra
y mi manera de mirar
es una manera de olvidar
este instante, para estas palabras
vacías como una casa vacía,
donde viven las cosas
que no tienen nombre.

El hombre negado.

Me pregunto con qué tierra,
con qué cielo
se hacen las aves de eternidades
altas en pedazos pequeños
de días vividos
por el hombre negado
del corazón del mundo que olvida
las palabras para que conozcan
la voz roja de las venas.
Me pregunto en que punto del mar
se olvidan las cadenas
que aprisionan idiomas
moviéndose entre auroras
de piel real y de soledad rota.
Me pregunto dónde se agota
la libertad de estar estrechamente atados
a la firme y dulce entraña del amor.
Me pregunto si dentro de una flor
pueda morir el suspiro del hombre negado
hasta el pie de la próxima página.

Negación.

Si la delicadeza no cambia la realidad
mas solo la roza
y rozándola, la invierte,
mientras tus ojos se hunden en mis ojos,
bandadas de pájaros izan
plumaje de colores
en el horizonte
-pájaros que se levantan del sueño -
con ojos palpitantes en los versos,
se agazapan al poema,
sin tocarme,
golpean las ventanas de la página,
el eco de tu mirada rebota en mis sienes
y yo encierro el recuerdo
donde nadie lo va encontrar,
donde solo yo podría hacerme daño.

Paradoja.

Hombre los barcos traen y llevan
ideas que beben sangre,
mareas que lloran huesos,
lágrimas inmensas delirantes de ojos testigos
que absorben neblinas en la mañana
para esconder rostros que callan algo
que se va para siempre.
Y en la garganta se anuda el expediente
de una muerte que se levanta de su cadáver,
la resurrección de los hombres, se sabe,
es muy lenta y nace
en el cementerio de las palabras.
¿Y para qué hablar,
si en los verbos escondemos esqueletos
de actos de bondad no cumplidos?
¿Para qué gritar dormidos?
Si después se vive en la interpretación de pactos
de paz promulgada,
que saltan de sombra en sombra,
vestidos de mentiras descubiertas
por la misma tierra manchada de guerras
que enseña los huesos que brillan en la noche
y oculta la tristeza de los rostros doblados.

La ciudad ideal.

Alguien habla de la ciudad ideal
y la compara con una mariposa,
con alas de versos en prosa,
con cara eterna de infancia
que juega entre la fragancia
de árboles y flores.
La ciudad ideal mastica colores
y en cada alba nace un arcoíris
que lleva de la tierra al cielo abierto,
donde un lucero despierto
habla de sueños
con ojos prohibidos a la ceguera.
En la ciudad ideal la vejez
es una simple perla
que se abre en un templo
para servir de ejemplo
a quién empieza su camino.
En la Ciudad ideal no existe el destino
cada hombre y mujer puede construir
una nueva forma de vivir
en el criterio de belleza,
amando la naturaleza.

Regreso a la inocencia.

Sabe de infancia
el peso de una piedra entre las manos
que deforma con su forma dura
el espejo llano de la pureza
que corre con el agua del río.
Y este dejar lo que nunca ha sido mío,
esta vibración que se despliega en transparencia,
este rito de la nada en la ausencia,
esta piedra de sol
que es más palabra que piedra,
este renunciar al amor
que es más río de llanto que renuncia,
es libertad que se preanuncia
como días de cosas perdidas
en el desierto de los mismos ojos.

Esta obra está bajo una licencia CC

